

Europa, verano de 1939:

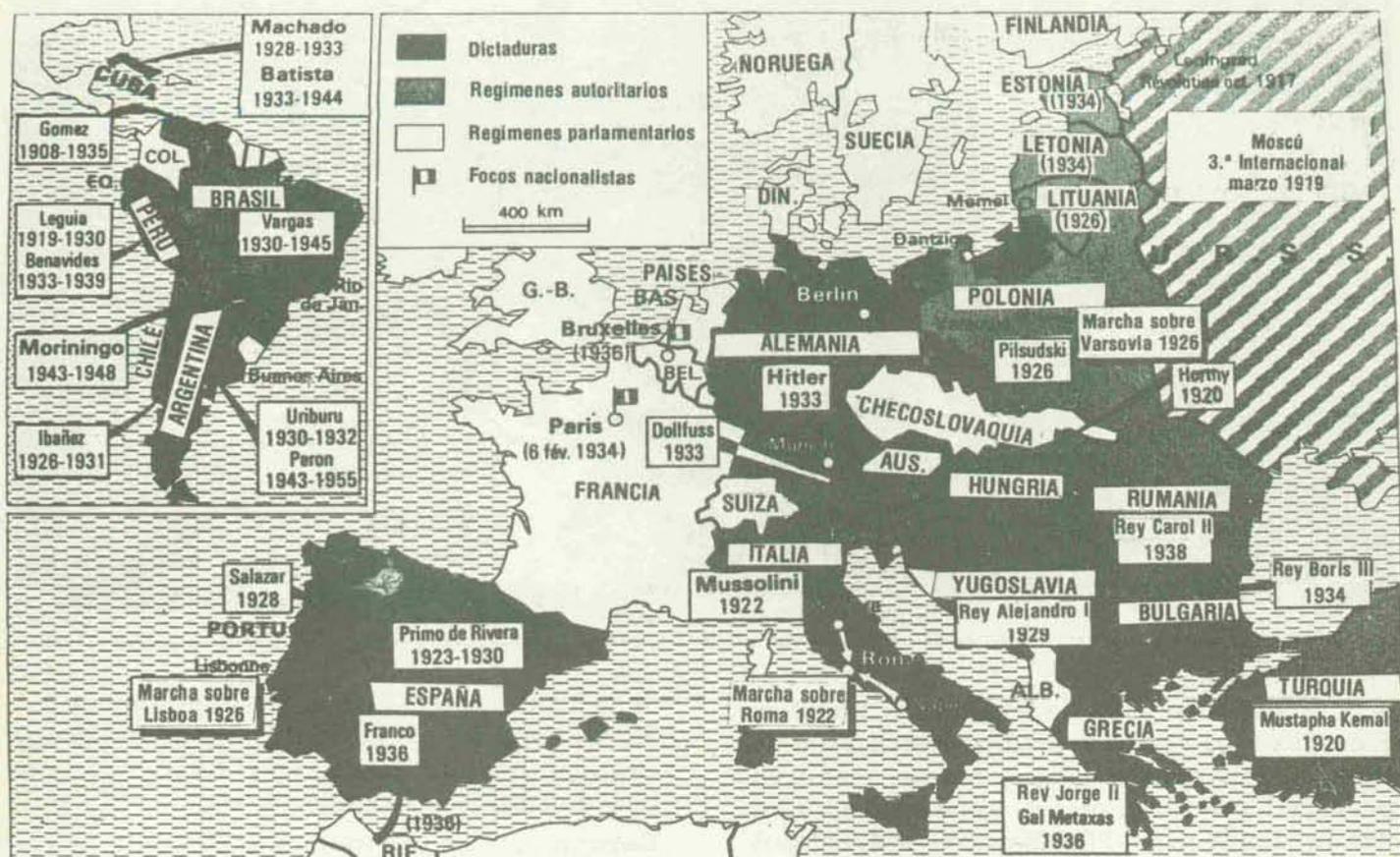
Democracias y dictaduras

José María Solé Mariño



EN el verano de 1939, los países europeos están todavía unidos por un entretejido de alianzas más o menos sólidas, continuadoras de la política mantenida durante los últimos veinte años desde que el Tratado de Versalles y los demás acuerdos impuestos por los vencedores habían instaurado un sistema basado, quizá algo ingenuamente, en tratados concertados por los pequeños países entre sí o con alguno de los grandes del momento. Los sistemas democráticos apoyaron desde el principio esta política, sobre todo Francia, deseosa de mantener su hegemonía en la Europa centro-oriental. Los sucesivos tratados habían sido, pues, jalones de lo que se creía la constitución de una Europa pacífica y ordenada.

Escena de «El Gran Dictador», de Chaplin, estrenada en Nueva York el 15 de octubre de 1940.



La Europa de las Dictaduras (1920-1939).

L OS acuerdos locales, como la Pequeña Entente, la Entente Balcánica, la Báltica o la Nórdica, eran de esta forma elementos de defensa contra potencias concretas, Hungría, Bulgaria, la Unión Soviética y Alemania, en estos casos citados. El sorprendente pacto de no agresión germano-soviético firmado en Moscú el 23 de agosto de 1939 pone en guardia a las potencias occidentales, siempre temerosas de cualquier acuerdo entre Alemania y Rusia, desde el momento en que la firma del tratado de Rapallo en 1922 abriera una larga serie de relaciones fluctuantes y en cierto modo extrañas entre los dos países. Los primeros afectados por este tratado serán, por una parte, Polonia, que sufrirá como consecuencia una nueva desmembración, y por otra los Estados limítrofes con la Unión Soviética, que perderán en seguida grandes zonas de su territorio, como Finlandia y Rumania, o la misma independencia nacional, como el caso de los tres Estados balcánicos. El pacto germano-soviético es, de esta forma, el último de la era de los tratados y va a determinar ya la futura conformación política del continente, al dar paso a la presencia soviética en sectores de donde había sido arrojada como consecuencia de las pérdidas territoriales ocasionadas por la revolución y la posterior guerra

civil. El Imperio alemán había prestado en 1917 una decisiva ayuda al triunfo de los bolcheviques, y ahora en 1939 el Tercer Reich, heredero legítimo de la Alemania guillermina, tiende una vez más la mano a su tradicional enemigo del Este a fin de cubrirse las espaldas ante la creciente posibilidad de una guerra contra las potencias occidentales, que han ofrecido garantías a la amenazada Polonia tras la ocupación total de Checoslovaquia en marzo de ese mismo año. Cuando a primeros de agosto las delegaciones occidentales salen hacia Moscú con el fin de formalizar un tratado defensivo con la Unión Soviética, no saben que paralelamente Molotov, ministro soviético del Exterior, ya está llegando a acuerdos definitivos con los alemanes. Stalin prefiere ahora la fuerza de la Alemania nazi, a la que está ya ligado por acuerdos comerciales, y que le ofrece ahora inmediatas compensaciones territoriales y políticas, mientras las atemorizadas democracias occidentales no han hecho hasta el momento más que concesiones una tras otra al dictador alemán. Primero fue el territorio del Sarre, más tarde la Austria independiente, después la región de los sudetes, seguida a los pocos meses por la totalidad del Estado checoslovaco y el distrito lituano de Memel. Ahora, Danzig no es más



Los artífices del «Frente Popular». De izquierda a derecha: Blum, Delbos, Daladier, Thorez, Salengro, Spinasse, Violette, Cot. (Paris, 1935).

que una excusa para la expansión hacia el Este, cuyo primer paso será la destrucción de Polonia. Los planes para el ataque están ya preparados desde el mes de abril bajo el nombre de **Plan Weiss** —Plan Blanco— y decididos para entrar en función antes de septiembre. Los pocos días que median entre la firma del tratado y el comienzo de la guerra —del 23 de agosto al 1 de septiembre— ofrecen el panorama final de una Europa ya enferma de muerte que va a desaparecer bajo los embates



Mussolini, pronunciando un discurso desde la balconada del Palazzo Venezia de Roma (agosto 1939).

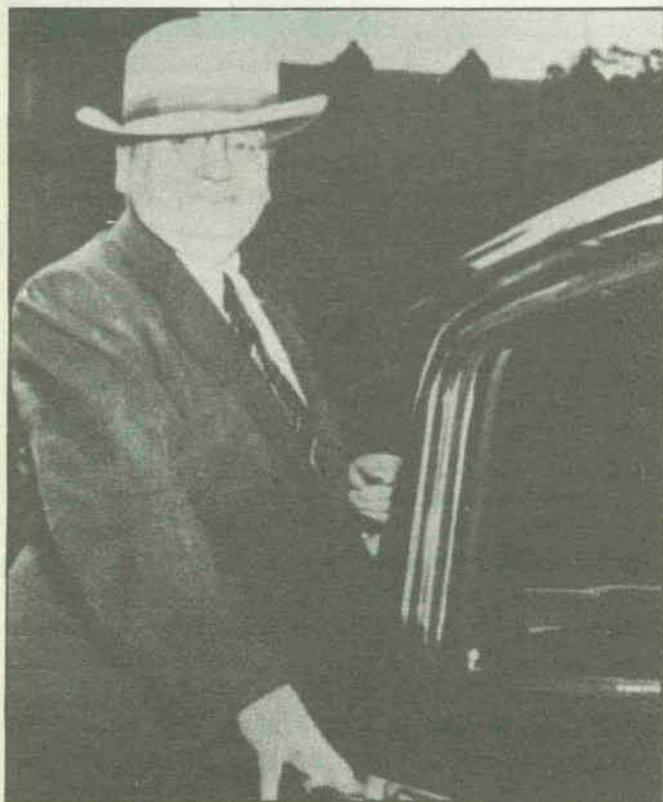
de la guerra, y que justificaba el pesimismo de Paul Reynaud, ministro francés de Finanzas, cuando afirmaba que todos ellos se encontraban danzando sobre un volcán.

Europa está en ese momento dividida en varias clases de sistemas políticos, que se reúnen en dos grupos antagónicos: las democracias y las mayoritarias dictaduras, que recorren una larga escala de gradación en la aplicación de las libertades públicas como base para la vida política. Desde sistemas liberales burgueses con tradición, como Francia, Gran Bretaña, el Benelux y Suiza, además de las monarquías escandinavas, hasta la representación más estricta de los totalitarismos de signos contrarios como el alemán y el soviético, pasando por regímenes autoritarios nacidos de diversas formas. Tras una guerra civil en España, por golpes de estados militares en Polonia, por presiones ejercidas sobre democracias deterioradas en Italia y Portugal, o los tipos balcánicos de dictaduras reales. Esta situación arroja un balance definitivo que sitúa a la mayor parte de la población de Europa bajo regímenes negadores de las libertades básicas, y pone en situación minoritaria y casi en retirada a los sistemas democráticos.

LOS GRANDES SISTEMAS LIBERALES

Dentro del grupo de los regímenes democráticos, Francia continúa siendo en el continente la hermana mayor de las *pequeñas democracias* o semidictaduras que todavía se oponen a la fuerza del Reich. A partir de abril de 1939, cuando en España las armas alemanas e ita-

lianias contribuyen de forma decisiva a dar al general Franco la victoria sobre la legalidad republicana, Francia está completamente rodeada por sistemas autoritarios. Pero el mayor peligro se encuentra dentro de sus fronteras. La subida al poder del Frente Popular en junio de 1936, con sus medidas reformistas, no hace más que radicalizar la postura de los grupos de opinión antiparlamentaria que crecen sin cesar y agrupan a personalidades sobresalientes de la vida nacional. Las críticas al régimen parlamentario republicano y a la democracia en general se unen a la apatía de las fuerzas sobre las que debería basarse la defensa de las instituciones democráticas. Para muchos observadores, los tres años que preceden al estallido de la guerra mundial son en Francia un período de guerra civil larvada. Los socialistas han perdido el respeto de muchos al negar su apoyo a la República española, y si en 1938 el gobierno Daladier pone coto a las agitaciones comunistas y también a las de signo fascista, entre los más altos círculos no cesa de propagarse la idea que va tomando fuerza en la frase «Antes Hitler que Stalin». El pacifismo de un sector del partido socialista enfrentado a las posturas enérgicas de León Blum en contra del peligro nazi, encuentra su complemento en la posición de la derecha clásica que ve en Hitler un anticomunista decidido a aplastar el bolchevismo. Crecen en



Las letras luminosas que brillan en la noche berlinesa, el 10 de abril de 1938, con la divisa: «Ein Volk, ein Reich, ein Führer» («Un Pueblo, un Imperio, un Caudillo») resumen los principios básicos de la política nacional-socialista.



El ministro soviético de Asuntos Exteriores, Máximo Litvinov, reemplazado en mayo de 1939 por Molotov.

Francia las organizaciones de signo claramente fascista bajo la benevolencia del Gobierno, como el **Partido Francista**, el **Faisceau**, la **Cruz de Fuego** y muchas otras menores, pero sobre todas ellas la **Acción Francesa**, fundada ya en 1899, y que debido a su carga intelectual determinada por el pensador Charles Maurras y a la aportación teórica de Georges Sorel, alcanza altos niveles de aceptación entre las minorías ilustradas y los más altos círculos de la aristocracia y las altas finanzas. Los **camelots du roi**, sus fuerzas de asalto, están compuestas en buena parte por los jóvenes hijos de esas familias, lo que aparta al movimiento del apoyo popular y le impide en gran medida utilizar el fácil recurso de la demagogia populista. Las algaradas callejeras provocadas por los miembros de la **Acción**, empujados por la creciente radicalización de sus presupuestos originales, antiparlamentarismo, **chauvinismo**, antisemitismo y anticomunismo, además de un monarquismo trasnochado, dominan el panorama civil francés al lado de los disturbios provocados por la izquierda en nerviosa incertidumbre, que para la gran clase media francesa resulta mucho más preocupante que los sistemáticos ataques al sistema democrático que hacen los partidarios de Maurras. No se puede afirmar que la mayoría de la población francesa apoyase decididamente a las formaciones parafascistas, pero es muy cierto que en los años treinta el miedo al comunismo era todavía más fuerte que el razonamiento acerca del peligro que suponía el fascismo en expansión. Este es el panorama que ofrece en las mismas vísperas de la guerra la mayor potencia continental, la vencedora en la anterior guerra y que todavía imagina estar en posesión del más potente ejército. Las continuas concesiones de las democracias a



El ministro polaco de Asuntos Exteriores, coronel Josef Beck, llega a la estación Victoria de Londres (abril de 1939). (Al fondo de la foto, y a la izquierda, saludando, lord Halifax, su colega británico).

las ideologías fascistas se ponen de manifiesto en la evidente permisividad con que dejan actuar y expresarse a los elementos reaccionarios. El mariscal Petain, embajador francés ante el Gobierno de Burgos, no cesa en lanzar continuados ataques al sistema republicano y a la clase política de su país. La situación de casi total descomposición interna que conducirá al año siguiente a Francia al desastre, es analizada por el general De Gaulle en sus memorias en términos militares pero que pueden ser aplicados sin dificultad a ámbitos más generales: «La obstinación demostrada por el poder en cultivar un sistema militar estático mientras el dinamismo alemán se desplegaba por Europa, la ceguera de un régimen que proseguía sus absurdos juegos frente a un Reich presto a saltar sobre nosotros, y la estupidez de los pazguatos que aclamaban el abandono de Munich, no eran, en verdad, más que los efectos de un profundo renunciamiento nacional...».

Las repercusiones de la gran crisis de 1929

habían afectado a Gran Bretaña y los disturbios sociales habían convulsionado a las islas, pero de ninguna manera podría compararse el clima de convivencia pacífica existente en Inglaterra con el enrarecimiento que se respiraba en el ambiente del continente. Sucesivos gobiernos laboristas o conservadores habían llevado a cabo políticas de bienestar social que alejaron de hecho tanto el espectro del comunismo tan vivo en Francia, como el del fascismo triunfante en tantos países europeos. Los gobiernos estables no se ven sacudidos ni en la menor medida por la amenaza que en otro sistema podría representar el partido filonazi inglés, la **Unión Británica de Fascistas**, fundada en 1932 y que preconizaba la formación de un Estado corporativo a imitación del alemán y del italiano, con base principal en la racionalidad. Las constantes ideológicas fijas en estos tipos de movimiento callaron poco en la mente británica acostumbrada a largos años de ejercicio de la democracia y ni siquiera los intentos demagógicos



Stalin y Ribbentrop se estrechan la mano tras la firma del Pacto Germano-Soviético de No Agresión, el 23 de agosto de 1939.



El rey Alejandro I de Yugoslavia, saludando al ministro francés de Asuntos Exteriores, Louis Barthou, en Marsella, el 9 de octubre de 1934. Unas horas más tarde ambos serían asesinados por terroristas croatas.



El mariscal finlandés barón Mannerheim, con Hitler y Keitel (en el centro de la foto), en el cuartel general del Führer, en junio de 1940.

de su líder, Sir Oswald Mosley, pudieron hacerle ganar más que algunos miles de adeptos, como se demostró palpablemente en las elecciones en las que participó la **Unión**. La tradicional estabilidad del sistema impide cualquier intento de abandono del camino de la democracia y Gran Bretaña se mantiene así al margen de las graves luchas políticas entabladas entre los partidarios de la libertad y los del totalitarismo. En agosto de 1939 los ingleses todavía no pueden imaginarse que dentro de muy pocos meses van a convertirse ellos solos en el último bastión de la democracia frente a la marea nazi. Por el momento, lo que interesa al pueblo británico es el mantenimiento de la paz a toda costa, aun a cambio de sacrificar a pequeños países como Austria y Checoslovaquia. Pero tras la entrega vergonzosa de Munich, Inglaterra decide mantenerse firme ante Hitler y esta postura la llevará a ofrecer garantías a Polonia. Tras la firma del pacto de Moscú, al mismo tiempo que Francia vuelve a llamar una vez más a los reservistas, Inglaterra pone en estado de alerta a su potente flota. Mucho más consciente que el Gobierno francés, el Gabinete británico no está influido ni por la izquierda temerosa ni por la derecha envalentonada. Las doctrinas de Mosley quedan muy pronto descalificadas ante la opinión pública, debido a sus intentos de imitación de modelos extraños al pueblo británico, acostumbrado a usos políticos mucho más flexibles. Pero incluso el fascismo inglés revela el verdadero carácter de su pueblo, ya que es con mucha diferencia el más racional y pacífico de todos los movimientos antidemocráticos que nacen en Europa en esa época.

LAS PEQUEÑAS DEMOCRACIAS

Bélgica y Holanda constituían las zonas más pobladas del continente y a pesar de su pequeñez física, eran ya verdaderas potencias económicas basadas en la riqueza de sus respectivos imperios extraeuropeos. Al final de los años treinta, el ambiente de tensión reinante en toda Europa tiene lógicas repercusiones en estos países, pero no alcanza el grado a que llega en otras latitudes. En Bélgica, continúa la tradicional rivalidad entre flamencos y valones, mientras que en Holanda se producen los también clásicos enfrentamientos entre protestantes y católicos. En los Países Bajos la religión había llegado a convertirse en bandera de combate entre las dos comunidades que casi en igual proporción se repartían la suma total de población. Pero en cuanto a las corrientes fascizantes que invaden Europa,

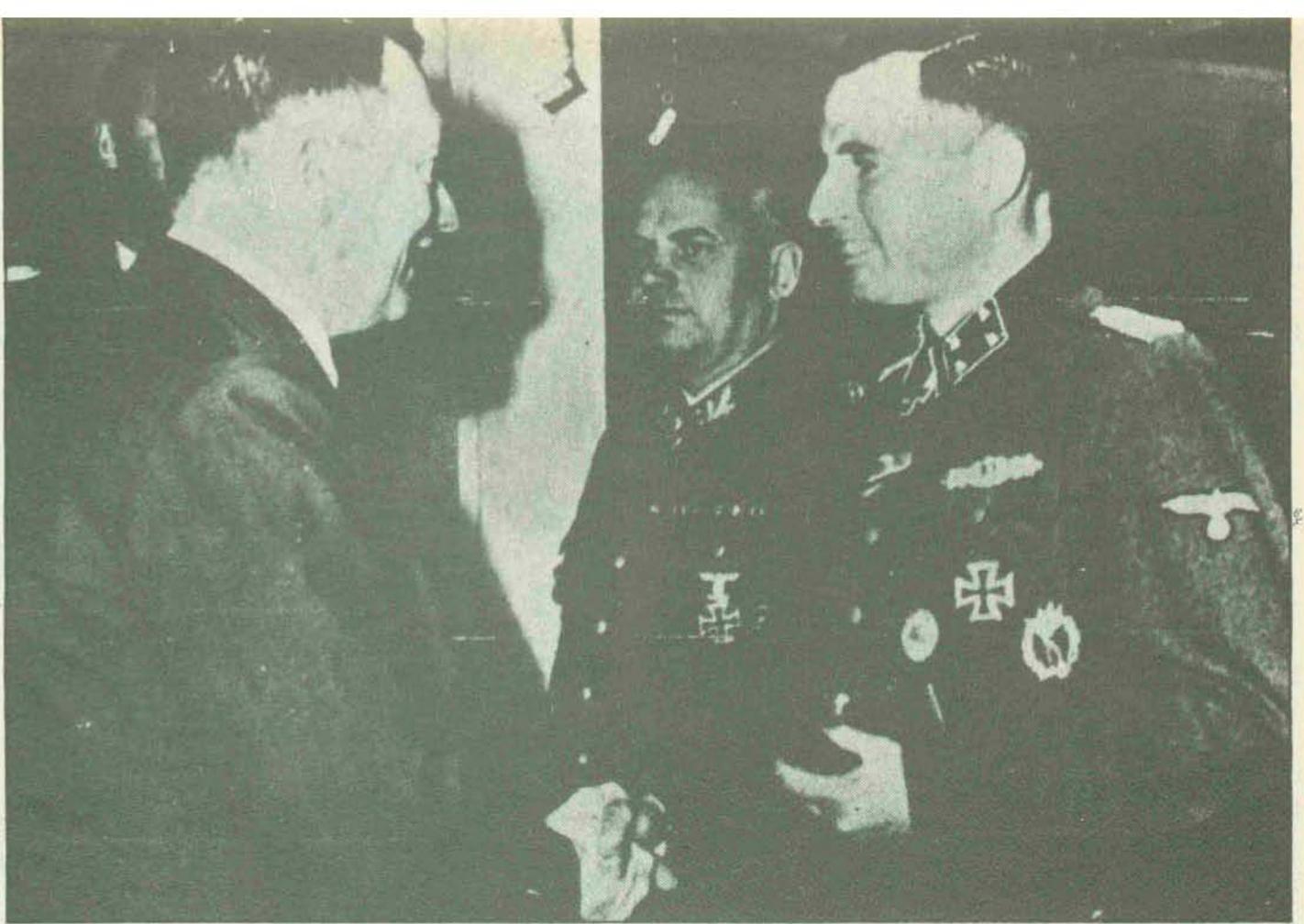


Horthy, regente de Hungría, en compañía de Hitler y del almirante Raeder (en el centro de la foto), en Kiel, en agosto de 1938.

los sistemas de monarquía parlamentaria de Bélgica y Holanda —a las que se añade el caso similar de Luxemburgo— sufrirán serios ataques por parte de formaciones antidemocráticas, si bien Bélgica conoce muy pronto la presencia de originales agrupaciones de este signo. Los nacionalistas flamencos que perseguían la creación de los **Grandes Países Bajos** se enfrentan ya desde los años veinte con el Gobierno central de Bruselas, pero el nacionalismo y antisemitismo de estos grupos va a



Jorge II (1890-1947). Rey de Grecia de 1922 a 1924, de 1935 a 1941 y de septiembre de 1946 hasta su muerte.



León Degrelle, recibiendo de manos de Adolfo Hitler la cruz de caballero con hojas de roble.

quedar pronto superado en orden de importancia al **Partido Rex**, fundado por León Degrelle, seguidor de las teorías de Maurras. Su catolicismo militante le aporta rápidamente el apoyo de las asociaciones católicas de honda raigambre en Bélgica y llega a sustituir en la preferencia de los votantes a los antiguos partidos católicos, que en las elecciones de 1936 le dan el 10 por 100 del total de los votos,



Vidkun Quisling (1887-1945). Agregado militar de su país, Noruega, en Petrogrado y Helsinki, jefe del Gobierno noruego durante la invasión alemana (1940-1945), fue fusilado posteriormente por traidor a su patria. Su apellido se ha convertido en sinónimo de colaboracionista.

pero descendiendo vertiginosamente en los años sucesivos debido al carácter violento de sus acciones. Los **rexistas** no supieron nunca utilizar en su propio interés el favor que le otorgaba la población belga, católica y burguesa, y desaprovecharon la oportunidad de situarse permanentemente en el parlamento. Tras la pérdida de su inicial privilegiada posición, los **rexistas** deberán esperar a que la ocupación alemana les coloque al frente del Gobierno de su país.

Junto a Bélgica y Holanda, Suiza aparece también como modelo de democracia occidental. Será el único país del cuerpo central de Europa que permanezca al margen del conflicto. El sistema burgués con grandes ribetes de ideología calvinista imperante en la Confederación le había sustraído en gran medida a las convulsiones generales que habían sucedido al final de la Primera Guerra Mundial. En los años treinta la extensa clase media prefiere acercarse mentalmente a los sistemas autoritarios que a las experiencias de Frente Popular, pero esto no significa una tácita entrega en brazos de Alemania debido a afinidades raciales e idiomáticas, sin embargo el clima general del país en vísperas de la guerra no es del todo opuesto a los movimientos de carácter fascista que brotan en Suiza a partir de 1933, como el **Frente Nacional**, que recoge



Antonio de Oliveira Salazar (1889-1970). Presidente del Consejo de Ministros de Portugal, de 1932 a 1968. (En la fotografía, con el Presidente de la República Portuguesa, mariscal Carmona, y el cardenal Cerejeira, arzobispo de Lisboa y antiguo condiscipulo suyo en la Universidad de Coimbra).

todas las aspiraciones autoritarias de la clase media y que obtiene en las elecciones más de la tercera parte del total de los votos. La misma causa que produce el abandono del favor de la opinión conservadora a los partidos fascistas en los otros países de democracia liberal se repite en Suiza. Su actuación violenta les enajena el apoyo inicial de la población, por lo que Suiza, al llegar la fecha clave de septiembre de 1939, no cuenta en el seno de su sociedad con ningún grupo que haga peligrar desde dentro el mantenimiento del sistema democrático. Su tradicional neutralidad, unida al interés alemán por mantener una puerta abierta hacia el resto del mundo dentro de una Europa casi totalmente ocupada, salva a Suiza de ser unida por la fuerza al carro de los vencedores entre 1939 y 1942.

Otro grupo de democracias parlamentarias lo constituye, en el vértice norte, las tres monarquías escandinavas. La gran estabilidad de los regímenes en estos países evita en su interior

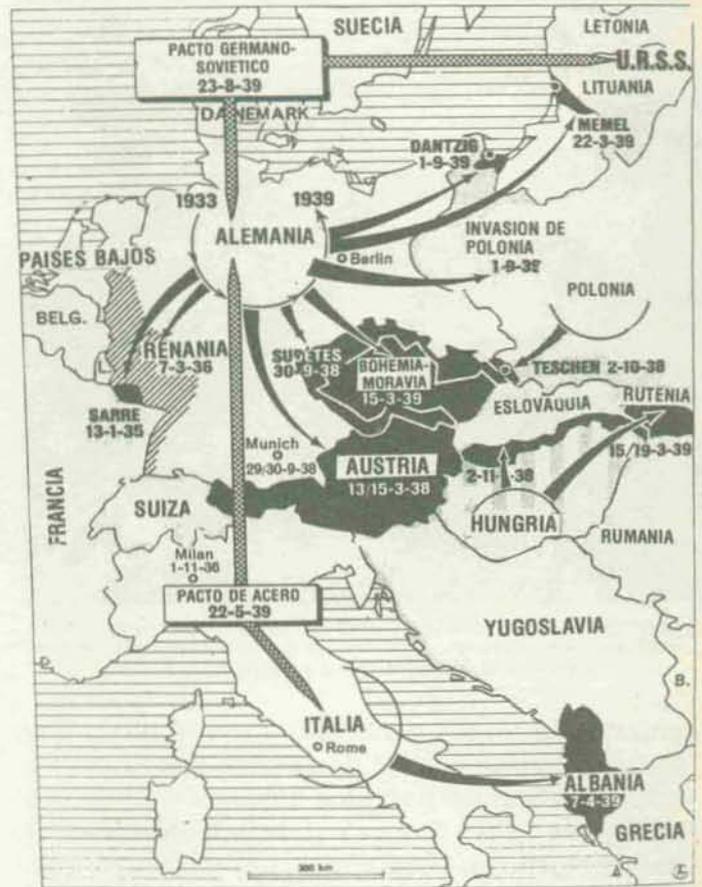


Entrevista del general Franco y Adolfo Hitler, en Hendaya (23 octubre de 1940).

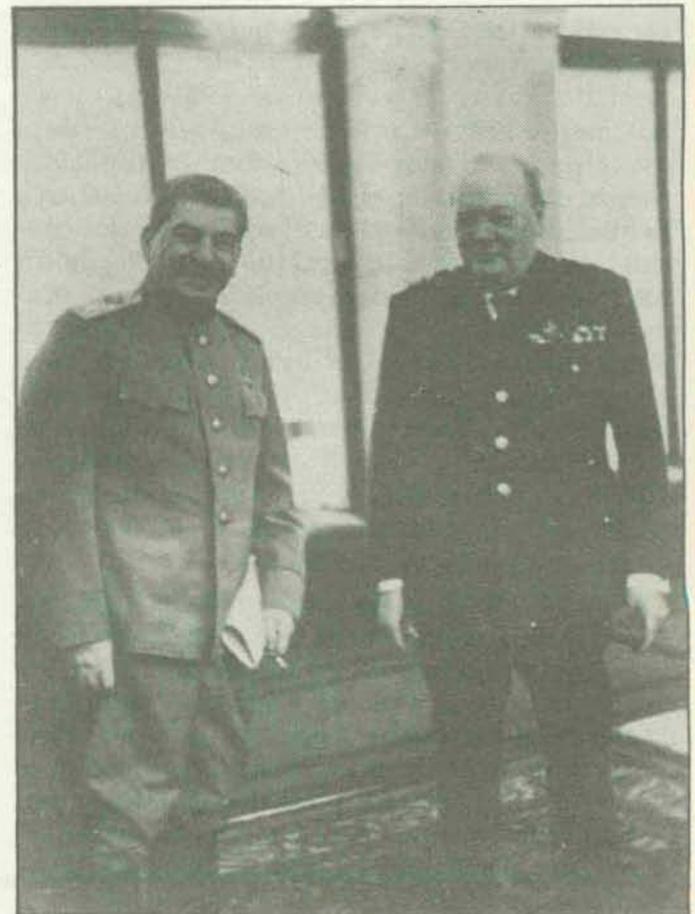


Molotov, ministro de Asuntos Exteriores de la U.R.S.S., se entrevista con Hitler en la Cancillería del Reich, el 12 de noviembre de 1940.

las repercusiones más dramáticas de la gran crisis. La existencia de fuertes y arraigados partidos burgueses y socialistas que agrupan disciplinadamente a las fuerzas contrapuestas debilita a las formaciones extremistas del signo que sean. Pequeños grupos de ideología fascista están presentes, sin embargo, si-



La expansión de las dictaduras europeas, de 1933 a 1939.



Churchill y Stalin, durante la Conferencia de Yalta (febrero de 1945).



El entonces coronel De Gaulle, con el Presidente de la República Francesa, Albert Lebrun, durante unas maniobras militares en visperas de la II Guerra Mundial (agosto de 1939).

guiendo la tónica general del momento, pero nunca cuentan con un destacado apoyo de los votantes. Son los partidos nacionalsocialistas de Suecia y Dinamarca y el de la **Unión Nacional** de Noruega, encabezado por Quisling, que reproducen casi exactamente los principios de su hermano mayor, el NSDAP alemán. La fortaleza de la socialdemocracia como partido obrero y la consciencia de la burguesía conservadora impiden a estos partidos alcanzar grandes éxitos en los comicios electorales. Así, la situación en el verano de 1939 no ofrece realmente ningún tipo de amenaza interna a estos países tranquilizados por la repetidamente enunciada neutralidad que constituye la base de su política. En el mes de abril anterior, Alemania había ofrecido la firma de un pacto cuádruple de no agresión a las tres monarquías. Suecia y Noruega se niegan a aceptarlo. Dinamarca se ve obligada a hacerlo bajo la amenaza de agitación nazi en la provincia fronteriza de Slesvig. Antes de un año, solamente Suecia se verá libre de la ocupación alemana, mantenida a la manera de Suiza como punto de entrada y salida de todo tipo de intereses vitales para el Reich.

Finlandia constituye un caso atípico dentro de una clasificación general. Por el desarrollo de su historia independiente puede acercarse en cierta medida al tipo de regímenes moderadamente autoritarios, pero conserva sin embargo una serie de principios que deciden a incluirle dentro del grupo de las democracias. Desgarrada por una cruel guerra civil establecida entre formaciones blancas y rojas, Finlandia sufre en los años sucesivos los lógicos resultados de ella. A partir de los primeros

años veinte se sucede la aparición de grupos reaccionarios y antibolcheviques. La especial situación geográfica de Finlandia la hace especialmente sensible al peligro de contaminación comunista, y nunca se abandona el temor a una intervención soviética sobre su territorio. Dos son las agrupaciones que durante los años treinta reúnen a las fuerzas nacionalistas y de la reacción. Por una parte, la **Sociedad Académica Carelia**, fundada en 1922, de carácter elitista e intelectual. Su nacionalismo les empuja a la reconstrucción de la **Gran Finlandia** sobre los territorios contiguos como zona de expansión. Por otro lado, el **Movimiento Lapúa**, nacido en la región de ese nombre, poblada por pequeños propietarios agrarios, mantiene una actitud más violenta y su fuerte anticomunismo les lleva a presionar con éxito sobre el parlamento de Helsinki hasta conseguir la aprobación de una serie de leyes anticomunistas. La República finlandesa, gobernada principalmente por el gran partido agrario o por coaliciones con los socialistas, no pierde en ningún momento el control de la situación a pesar de las actuaciones de estos grupos, ya que cuando la violencia del partido **Lapua**, cuya finalidad última no es otra que la destrucción del sistema democrático y su sustitución por un régimen dictatorial, le enfrenta a la opinión pública y al Estado mismo, el Gobierno decreta su prohibición. El carácter intelectualista de los movimientos fascistas finlandeses no les resta en absoluto violencia en sus actuaciones físicas, pero contribuye a otorgarles una carga especial de la que estuvieron exentos la mayor parte de los movimientos homólogos de su tiempo. A pesar de la existencia de un pacto de no agresión con la Unión Soviética firmado en 1932, Finlandia cae tras el tratado de Moscú dentro de las zonas a las que Moscú pretende rescatar de la dominación extranjera. Las exigencias soviéticas sobre amplias franjas de territorio finés, además de reclamar islas y bases militares, reciben la rápida negativa del Gobierno de Helsinki ya a finales del mes de agosto. Ante la creciente presión soviética, fortalecida ahora por el respaldo alemán, el ministro finlandés del Exterior, Erkko, afirma: «Finlandia no se someterá jamás a una solución báltica. Preferimos que ocurra lo peor». Y lo peor no tardará en producirse. Dos meses más tarde, en noviembre, la invasión de las zonas fronterizas por el Ejército Rojo iniciará la desigual **guerra de invierno**; que enfrentará durante quince meses a los dos países ofreciendo un dramático ejemplo del heroísmo del pueblo finlandés defendiendo su libertad frente a la descomunal fortaleza de la Unión Soviética.

EL TOTALITARISMO DE IZQUIERDA

En el verano de 1939 había terminado ya el período de terror que Stalin y sus allegados habían desatado tres años antes con la finalidad última de hacerse definitivamente con las riendas del poder y eliminar así a posibles oponentes dentro del partido. La eliminación sistemática de todos los miembros de la vieja guardia que había hecho la revolución por medio de grandes procesos seguidos siempre por ejecuciones sumarias o por deportaciones a Siberia, contribuye, por otra parte, a descabezar el Ejército Rojo, ya que son ejecutados tres mariscales, trece generales y sesenta y dos oficiales. El clima en el interior del país, dominado por la NKVD, policía política del Estado mandada por Beria, es de una absoluta oscuridad, asfixia de cualquier movimiento y de terror general. No está descartada totalmente la intervención bajo mano de los servicios secretos alemanes en el desencadenamiento de algunos de estos procesos, singularmente el del mariscal Tujachevski, con la finalidad de debilitar al ejército soviético, con el que más pronto o más tarde los dirigentes de Berlín saben que han de enfrentarse. Figuras históricas de la revolución, como Kamenev, Zinoviev y Bujarin caen víctimas del terror estaliniano. En política exterior la Unión Soviética se convierte en el teórico adalid de la causa de la República española ante la inhibición de las democracias, al mismo tiempo que firma con éstas una larga serie de tratados de todo tipo. Apartada de la conferencia de Munich, la URSS ve con temor el posible resurgimiento de una alianza burguesa en su contra, pero ahora, solamente un año más tarde, tanto las democracias como Alemania le ofrecen su amistad por separado. Litvinov, ministro del Exterior que apoyaba la alianza con Francia e Inglaterra, se ve sustituido por Molotov, que induce a Stalin a tratar solamente con el Tercer Reich, que le ofrece ventajas inmediatas. Al firmar el pacto, la Unión Soviética se asegura una paz cada vez más débil, un compás de espera en realidad. Kruschev en sus memorias no duda en afirmar: «El pacto Ribbentrop-Molotov era históricamente inevitable, dadas las circunstancias del momento; y bien analizado era favorable a la Unión Soviética. Resultaba como una táctica de ajedrez: de no haber llevado a cabo la jugada, la guerra hubiera estallado mucho antes con gran desventaja para nosotros. Y en cambio así conseguimos una tregua... Por su parte, los alemanes asimismo hacían uso del tratado como maniobra para ganar tiempo y representaba su intento de limitar la guerra que se avecina a un solo frente».

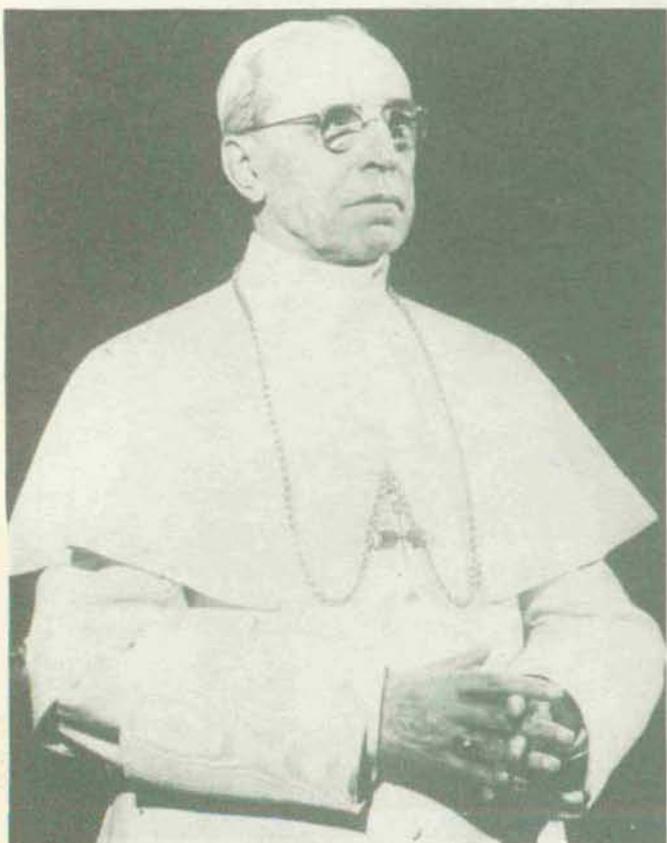
La tremenda repercusión que el tratado tiene entre los comunistas occidentales necesita entonces una justificación para explicar la alianza con un enemigo como el nacionalsocialismo. Para la explicación oficial que ofrece la Tercera Internacional, su secretario, el búlgaro Dimitrov, encuentra que «...Alemania se hallaba ante un dilema: o convertirse en un subordinado del imperialismo inglés, emprender la guerra contra la URSS y jugarse la cabeza en esta guerra; o bien operar un cambio decisivo en su política exterior y abrir el camino para unas relaciones pacíficas con la Unión Soviética. Los hechos demuestran que los dirigentes de Alemania han elegido el segundo camino. Son los imperialistas franceses e ingleses los que se han convertido en los partidarios más celosos de la propagación del incendio bélico». Ante el vendaval que suscitó el pacto, la Unión Soviética necesitaba ofrecer una imagen positiva que realmente no convenció a nadie. Mientras se apresura a ocupar los territorios polacos y bálticos que su alianza con Hitler le brinda, Stalin aprovecha para prepararse urgentemente para una guerra que no duda ha de sobrevenirle desde el Oeste.



Sir Oswald Mosley (en el centro de la fotografía) con un grupo de fascistas británicos, durante una visita a Roma, en 1938. (En la plaza del Campidoglio, ante la estatua del Emperador Marco Aurelio).

LOS MODELOS FASCISTAS: EL TERCER REICH E ITALIA

Acrescentado por sus primeras ocupaciones de países extranjeros, el territorio del Reich abarca en el verano de 1939 a una población de más de setenta millones de personas y solamente le resta la ocupación de Danzig para terminar la tarea de reagrupar bajo sus banderas a todos los alemanes dispersos debido a los tratados de paz de 1919. Es ahora cuando las miras de los dirigentes nazis se lanzan hacia los extensos territorios del Este. Las teorías geopolíticas de la escuela clásica alemana, encaminadas hacia la obtención de un espacio vital necesario para el desarrollo del pueblo germano, encuentran su complemento en los intereses industriales, financieros y comerciales de los grandes barones de la industria que han elevado a Hitler al poder. Los alemanes necesitan territorios sobre los que desenvolverse, y según las teorías básicas tienen más derecho a ellos —debido a la superioridad de su raza— que los propios pobladores de los mismos... A estas alturas, dentro de Alemania el régimen se ha afianzado definitivamente. Ni la mínima y débil resistencia interior apenas esbozada, ni la actitud de oposición y servilismo unidos que mantienen los occidentales pueden hacer mella en el siste-



S. S. el Papa Pio XII (1876-1958). Ocupó la Jefatura de la Iglesia Católica de 1939 a 1958. Anteriormente había sido Nuncio Apostólico en Alemania (de 1920 a 1930) y Secretario de Estado con su antecesor, Pio XI, de 1930 a 1939.

ma, La persecución política y racial ha alcanzado ya sus formas concretas y todos los caracteres que más tarde, al extenderse por toda Europa, subyugarán a los habitantes de los países ocupados, pero que de hecho no constituirán más que una continuación del sistema que los alemanes han venido soportando desde 1933. La situación de progreso y bienestar material se une a una total pérdida de la libertad. La población en general, como se ha señalado repetidamente, apoya en buen número la política nazi, sobre todo entre los sectores de las clases medias que por no pertenecer a grupos concretos que son perseguidos sistemáticamente por el régimen, como los judíos o los oponentes políticos, solamente tienen en cuenta la reactivación económica y la recuperación del prestigio nacional perdido tras la derrota de 1918. Las vísperas de la guerra ofrecen así dentro de Alemania una visión doble, contrapuesta y complementaria. Frente a una gran mayoría silenciada pero satisfecha materialmente y no descaradamente opuesta al régimen sino todo lo contrario, pequeños grupos en comparación con el total sufren por causas raciales o políticas la atroz represión del sistema. Reducidas Austria y Bohemia-Moravia a la categoría de meras provincias o protectorados del Reich, y Eslovaquia convertida en un Estado títere pseudo independiente bajo un gobierno clerical fascista, toda Europa queda ahora abierta a la expansión alemana. El paso dado con el pacto de Moscú no significa para Hitler ningún cambio en la ruta que tiene trazada, sino más bien un fortalecimiento de sus proyectos originales. Atacará a Polonia en la misma fecha que tenía prevista desde abril. El inicio de la guerra está, pues, en manos del **Führer** de los alemanes.

La invasión de Etiopía y la participación italiana en la guerra civil española al lado del agresivo Reich apartan definitivamente a Italia del tibio favor que aún conservaba entre las democracias, debido al carácter especial de su régimen, que reúne un autoritarismo decidido a un cierto respeto por la vida humana, en comparación a las realizaciones de varios de sus vecinos que se esfuerzan en especializar sus métodos de represión y de muerte. En abril de 1939, Italia, envalentonada por los éxitos alemanes, se decide a llevar a cabo la ocupación de Albania, que, de hecho, ya no era más que un protectorado italiano. Las garantías ofrecidas por Inglaterra a los países vecinos, temerosos del expansionismo italiano, empujan en cierto modo a Mussolini a firmar al mes siguiente el **Pacto de acero** con Alemania. A

partir de ese momento, Italia quedará atada a la suerte de Alemania y sus conquistas bélicas irán siempre a la zaga de las de sus aliados. Al firmar el pacto, Mussolini había dicho que Italia no estaría preparada para la guerra hasta el año 1942, esperando así las acciones alemanas sobre Francia en primer lugar, sobre cuyas regiones limítrofes y varias de sus colonias africanas tenía puesta su mirada el **Duce**. Así las cosas, el día primero de septiembre, Italia declara su no beligerancia. Todavía espera no tener que enfrentarse a Inglaterra. Será en junio de 1940, tras la caída de Francia, cuando Mussolini se decida a aprovechar esta situación y entrar en un conflicto del que espera sacar ventajas territoriales y preponderancia política en el continente. En el interior del país, el primer modelo fascista ha institucionalizado ya sus bases corporativas. En ese mismo año se ha llegado a la constitución de la **Cámara de los Fascios y las Corporaciones**, convertida en el más alto órgano del Estado. Culmina así, a las puertas de la guerra, la estabilización del régimen que ha venido perfeccionando su estructura desde el momento de su asalto al poder diecisiete años antes. La total falta de libertad y la represión que utiliza el Estado fascista son, sin embargo, algo blando comparado con los métodos del Tercer Reich. A pesar de los intentos de Mussolini de homogeneizar muchos de los aspectos de su política interior con la alemana, las leyes raciales nunca alcanzarán en Italia resultados tan terribles como los conseguidos al norte de los Alpes. La influencia del Vaticano, primero con Pío XI, y a partir de marzo de 1939 con Pío XII, que si bien no hace efectiva ninguna condena terminante de los fascistas y ha sido repetidas veces puesto en entredicho por sus simpatías nunca desmentidas hacia el régimen de Berlín, tampoco se alía públicamente con los totalitarismos de derecha. Pudo haber sido un factor nada desdeñable, junto con muchos otros no menos fundamentales, para paliar en cierta medida los efectos de la dictadura fascista en Italia.

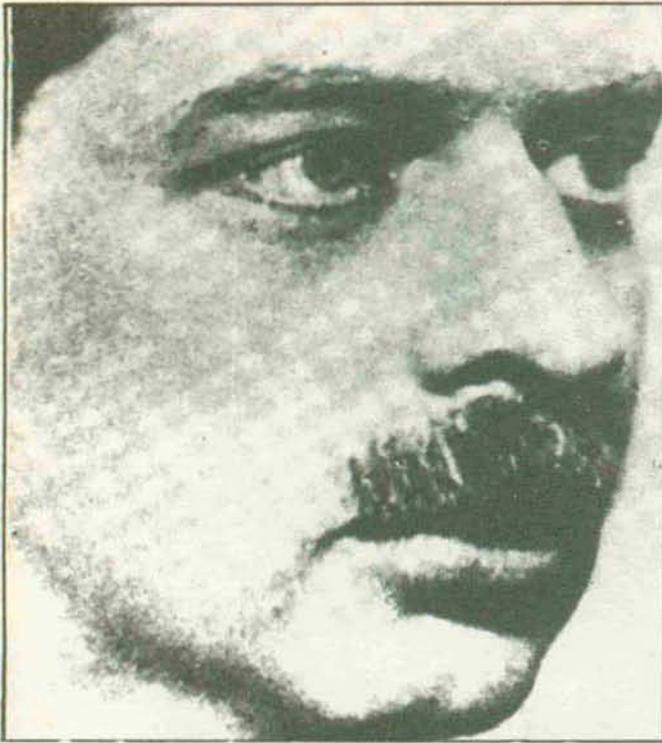
LOS AUTORITARISMOS BALTICOS

La muerte del mariscal Pilsudski en 1935 pone fin en Polonia al predominio que directa o indirectamente esta figura clave había venido ejerciendo desde el momento de la independencia. A partir de 1918, con la fecha intermedia clave de 1926, en que se instaura una dictadura militar por medio de un golpe de Estado, Pilsudski había determinado los rumbos de la vida de Polonia. En 1936 se promulga



Josef Pilsudski (1867-1935). Presidente de la República de Polonia de 1919 a 1922. Ministro de la Guerra en 1928, y Presidente del Gobierno desde 1930 hasta su muerte.

una nueva constitución que institucionaliza definitivamente la dictadura militar, denominada **de los coroneles**, dirigida por el ministro del Exterior, coronel Josef Beck. Cuando el Reich comienza su política expansionista, Polonia soporta, pues, un régimen con todas sus características y algunos aspectos propios. Desde el poder se ha venido favoreciendo la existencia de grupos ultraconservadores y antisemitas, como la **Unificación Nacional** del coronel Koc. Tras la desmembración de Checoslovaquia en marzo de 1939, Polonia recibe del Reich el rico distrito industrial y minero de Teschen y espera ávidamente nuevos reparos sobre los países limítrofes, manteniendo así un peligroso juego frívolo con su vecina Alemania. Desde principios de ese año, el régimen de Beck se había venido negando repetidamente a la cesión del corredor de Danzig, que uniría de nuevo a la ciudad con Prusia, sin sospechar el peligro a que exponía a Polonia su oposición a los deseos de Berlín, a pesar de los beneficios que hasta el momento le había reportado la buena vecindad, de la que ahora



Carol II (1893-1953). Rey de Rumania de 1930 a 1940.

esperaba nada menos que la anexión de Eslovaquia. En el aspecto interno, el panorama polaco ofrece a la vista una gran inestabilidad. La oposición combinada del gran partido agrario y de los socialistas, enemigos de la política de Hitler, domina en las ciudades y se enfrenta al régimen. Los usos democráticos, más aparentes que reales, se mantendrán sin embargo hasta el final reflejados en las periódicas elecciones y en una cierta libertad de expresión. El régimen no era lo suficientemente fuerte para poder impedir la evidencia clara de la existencia viva de una fuerte oposición organizada, apoyada por el casi nulo arraigo de las ideologías totalitarias entre la población. A pesar del natural y generalizado antisemitismo del pueblo polaco, que se pondrá de manifiesto bajo la ocupación, los intentos del régimen por lograr una participación popular en una política nacional fascista no obtienen resultados satisfactorios. Los partidos tradicionales sorprendentemente fuertes y vivos tras largos años de proscripción preparan ya su particular estrategia ante la guerra que ya todos temen y esperan. Polonia será la siguiente pieza del juego alemán. La cuestión de Danzig, convertida en una ciudadela nazi, decide a las potencias occidentales a ofrecer su apoyo a Polonia. Las presiones de Berlín sobre el Gobierno de Varsovia son apremiantes, pero Hitler ya tiene sus planes preparados de antemano. El coronel Beck, ante el rápido deterioro de la situación que parece llevar irremisiblemente a una guerra contra Polonia, afirma: «Alemania debe darse por enterada de

que para realizar sus reivindicaciones a nuestras expensas será preciso que se bata con nosotros. Si corre el riesgo de una guerra, nosotros recogeremos el desafío, aunque no contemos con la ayuda de nadie». Postura arrogante e irreal de quien se sabe apoyado por los ejércitos occidentales. En realidad, Francia, que en los últimos seis meses había conocido dos movilizaciones parciales, intenta aflojar los lazos que la unen con Polonia, pero es ahora Inglaterra la que está especialmente interesada en oponerse de una vez por todas a Alemania, vistos ya los fracasos de la política de concesiones sin contrapartida. A la duda francesa de si vale la pena morir por Danzig, sigue la determinación británica de oponerse incluso bélicamente al camino trazado por Hitler. Tras la firma del pacto de Moscú, Polonia ya está condenada. Su territorio no tardará en repartirse entre sus dos grandes vecinos. Falta ya solamente una semana para que las fuerzas de la **Wehrmacht** traspasen sus fronteras. La resistencia del ejército polaco al enfrentarse con la caballería a los modernos carros de combate alemanes constituirá un anacrónico principio para la larga serie de horrores que convertirán a Polonia en el país más castigado por la guerra de Hitler.

Superando pequeñas diferencias, la historia independiente de los tres Estados bálticos —Estonia, Letonia y Lituania— es paralela desde 1918 hasta su definitiva desaparición en 1940. La influencia germana predominante en Estonia y Letonia está contrapesada en Lituania por una fuerte polonización, lo que determina las formas de vida y la religión. Su dependencia económica de la exportación de productos agrícolas hace que sufran muy duramente las consecuencias de la crisis del 29. Una pequeña burguesía urbana heredera de la tradición comercial de la Hansa determina en los dos primeros países una vida política relativamente próxima a la de las democracias liberales, mientras en Lituania una mayoría campesina anula muy pronto cualquier intento moderadamente liberalizador. Y esta circunstancia adelanta en este país la aparición de un régimen autoritario de extrema derecha. Ya en 1926, Antanas Smetona, político conservador de prestigio, da un golpe de Estado e instaura la dictadura. 1934 será el año de la **Entente Báltica**, que ya se firmará entre tres sistemas afines. Pocos meses antes, el partido fascista de Estonia denominado **Wabs** asume el poder en Reval, encabezado por el general Laidoner y el presidente Paets. Con muy pocas semanas de diferencia, en Riga —la capital de Letonia— Ulmanis, líder del movimiento pronazi, se alza con el poder ab-

soluto y se proclama **Vadonis**, caudillo de su pueblo. Inclinado hacia Alemania por cuestiones históricas, los Estados bálticos, con su débil democracia que pronto se deteriora y cae bajo el empuje de los autoritarismos, quedarán, tras el tratado de Moscú, dentro de la órbita soviética. El presidente de Estonia había ya afirmado en 1934: «Estos tres países, a fuerza de sufrir esclavitud, se han vuelto de tal manera celosos de sus libertades que acabarán por perderlas todas al no saber renunciar a ninguna». Solamente faltaban seis años para que esta idea se cumpliera en todos sus puntos.

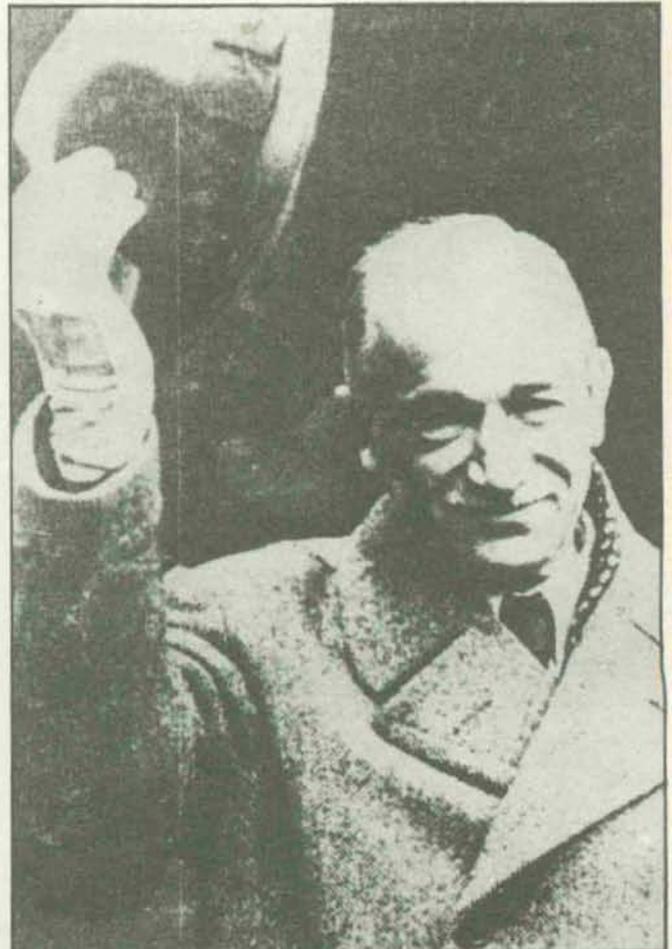
LAS DICTADURAS DANUBIANO-BALCANICAS

En los años treinta toda la zona sudeste de Europa está ya constituida por Estados vasallos del Reich, del que dependen económica —y por tanto políticamente—. El gran patrón favorece la aparición y arraigo de las dictaduras de derecha que sustituyen en todos estos países a los débiles sistemas democráticos surgidos tras la independencia y que no cuentan con bases suficientes para su estabilización. Así, la presión alemana, por una parte, y el apoyo que las dictaduras encuentran en el Ejército, los altos funcionarios, la alta burguesía, los grandes propietarios y la Corona, hacen posible que en vísperas de la guerra una serie de regímenes autoritarios cubran totalmente la superficie del sector. Entre el pueblo, la casi inexistencia de proletariado urbano, la ignorancia de la gran masa campesina, la salvaguardia de los intereses de la exigua clase dominante, todo ello unido a la explotación del temor al comunismo soviético vecino, no es difícil, pues, hacer germinar el apoyo de las dictaduras.

Hungría soporta la decana de las dictaduras de derecha en Europa, desde que la caída del régimen soviético de Bela Kun en 1919 entrega el poder al almirante Horthy, representante de la aristocracia dominante en el país. A pesar de sucesivas y aparentes aperturas del sistema a lo largo de los años, Hungría ofrece el panorama de un anacrónico sistema político anquilosado asentado en bases casi medievales. Yugoslavia, agitada desde el mismo momento de la independencia por las fricciones entre los croatas autonomistas y los serbios centralizadores, conoce en 1929 la primera de las dictaduras reales de los Balcanes. El asesinato del rey Alejandro en Marsella en 1934 abre en cierto modo el sistema, pero en 1939 todavía la regencia del príncipe Pablo conserva todas las prerrogativas autoritarias

que la Corona había arrebatado para sí diez años antes.

Bulgaria sigue en el tiempo a su vecina Yugoslavia en la instauración de una dictadura real. Enfrentada a sus vecinos por disensiones territoriales, Bulgaria sufre una inestabilidad continua de su vida política hasta que el zar Boris III, en 1935, da su golpe de Estado. La dictadura búlgara será la más permisiva de todas sus semejantes. Se mantendrán los usos democráticos y cierta libertad de expresión, incluso durante la guerra cuando las prisiones alemanas, por ajustar la política búlgara a la suya propia, fracasasen decididamente ante la negativa de Boris III. Rumania conoce este tipo de autoritarismo **sui generis** cuando en 1938 el rey Carol II encarga la formación de un gobierno anticonstitucional al patriarca Mirón Cristes, con lo que pone fin a la efímera vida democrática en el país. Grecia, por su parte, vive a partir de 1936 en estado de ley marcial bajo la dictadura del general Metaxas, apoyado por el rey Jorge II y decidido partidario de una corporativización del país. En todos estos países se da una serie de caracteres comunes: por una parte, la existencia de una vida política anterior, vigente durante va-



Eduard Benes (1884-1948). Presidente de la República Checa de 1935 a 1938. Tras la liberación de Checoslovaquia en 1945, volvió a ocupar la Jefatura del Estado hasta 1948.

rios lustros y que había favorecido la existencia de grandes partidos agrarios y nacionales de bastante arraigo entre la población, pero que desaparecen de la vida pública tras la instauración de las dictaduras. Por otro lado, la amplia expansión de los movimientos fascistas, como las **Cruces flechadas** de Szalazi en Hungría, la **Guardia de hierro** de Codreanu en Rumania, el movimiento **ustachi** de Pavelic en Yugoslavia, o los partidos seudonazis de Bulgaria y Grecia, que, menos en este último país, gozan de efectivo respaldo popular demostrado en elecciones cuando los sistemas permiten este tipo de demostración de la voluntad popular. El falseamiento sistemático de la anterior vida democrática, de la que fueron en gran parte culpables los mismos partidos, hace lógica la entrega del pueblo en brazos de los totalitarismos. El mismo partido comunista tiene una gran aceptación en Bulgaria y en Grecia. El vasallaje dependiente del Reich se basa en los productos agrícolas y en el petróleo rumano, que convierte a este país en el favorito entre todos los demás. Alemania



Boris III (1894-1943). Zar de los búlgaros de 1918 a 1943.



Escena de la película de Jean Renoir «La Gran Ilusión» (1937), con Pierre Fresnay y Jean Gabin.

necesitaba materias primas para su funcionamiento, y siempre le resultaba mejor mantener regímenes títeres que organizar costosas y dificultosas ocupaciones militares. Incluso un rey y un general autoritario al frente de uno de estos pequeños Estados resultaba más tranquilizador para los intereses de Hitler que el asalto al poder de alguno de los grupos fascistas, a los que ayuda hasta el momento de oponerse al poder establecido, ante lo cual no duda en apoyar a éste incluso aunque esto signifique la destrucción de la formación inspirada en su propio NSDAP, como se demostró claramente en el enfrentamiento entre el mariscal Antonescu y la **Guardia de hierro** en Bucarest.

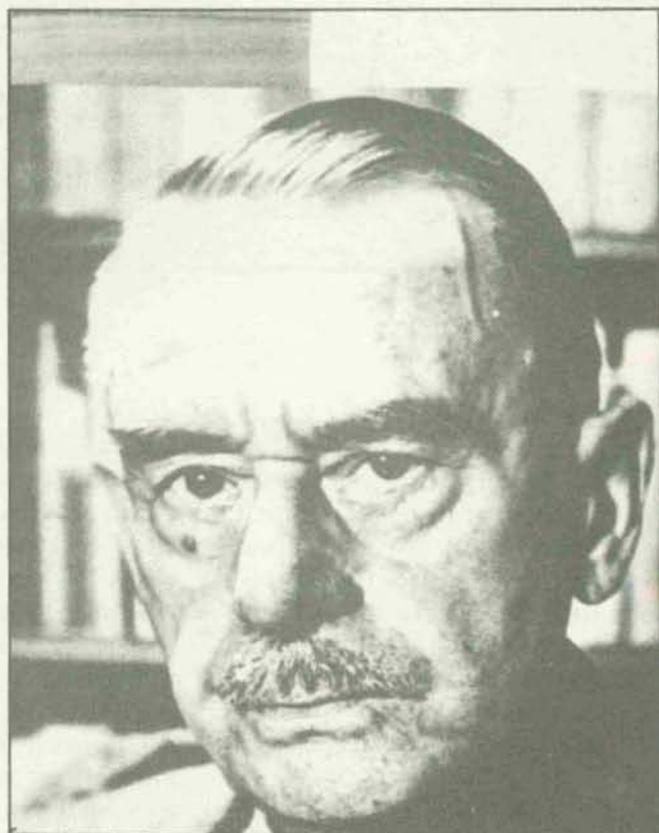
LOS MARGINALES: LA PENINSULA IBERICA

Durante el verano de 1939 la Península Ibérica ofrece un aspecto de aparente calma en comparación con la tensión general. El Portugal de Oliveira Salazar, que constituye el más acabado ejemplo de corporativismo estatal con bases ideológicas imitadas del fascismo italiano e intensa influencia clerical similar a la de la Austria de antes de la anexión, se mantiene inmutable junto a una España que acaba de salir de su particular guerra civil. Los primeros meses que siguen al fin de las hostilidades el día 31 de marzo son los más crueles dentro del período represivo que se abre. En cada ciudad y a todas horas funcionan los pelotones de fusilamiento. No existen juicios previos y en los pocos casos en que se producen no son más que farsas macabras. Decenas de millares de refugiados han atravesado la frontera francesa y yacen apiñados en inhumanos campos de concentración. En Madrid, el sistema pugna por afianzarse apoyándose en las tradicionales fuerzas de la reacción: las clases altas, las finanzas, el ejército y el partido fascista. Mientras Europa va a caer dentro de otra guerra, España comienza a sufrir las consecuencias de su enfrentamiento civil y empieza a dar los primeros pasos del más largo y oscuro período de su Historia.

LA CULTURA, CONTRA EL NAZISMO

En esas mismas semanas, cuando Europa se prepara para una guerra que ya todos temen y esperan, el escritor alemán Thomas Mann,

exiliado en los Estados Unidos, pronuncia en una serie de ciudades una misma conferencia, cuyo tema parece obsesionarle, **El problema de la libertad**. El novelista se ha convertido en el más destacado representante de la oposición exterior al régimen de Hitler. Unos párrafos de esa conferencia acerca de la naturaleza del nacionalsocialismo pueden servir de aviso, quizá dado demasiado tarde, para tantos países que van a soportar en los años siguientes la implantación efectiva de esa ideología. «Lo que se llama nacionalsocialismo —escribe Mann— es la revolución más radical, eficaz y destructora que jamás haya visto el mundo, tan impropia como posible para servir de escudo a un conservadurismo burgués y para ser puesta a su servicio... Es la revolución de la violencia vacía y, por tanto, de la nulidad espiritual. Es una revolución como no ha existido jamás, de un absoluto cinismo, desprovista de fe y satisfecha de mancillar a los hombres y a las ideas...». Habrá que esperar seis años, hasta la primavera de 1945, para que el balance de la expansión a nivel continental de la doctrina hitleriana demuestre de la forma más terrible la verdadera realidad del terrorismo de Estado que fue el nacionalsocialismo. ■ J. m. S. M.



El novelista alemán Thomas Mann (1875-1955). Premio Nobel de Literatura en 1929. Exilióse a la ascensión del nazismo, en 1933. Fue profesor en la Universidad norteamericana de Princeton, y murió en Zurich. Es una de las grandes figuras de la intelectualidad europea y mundial del siglo XX.